



DEL ESPEJO DE AGUA A LA GLOBALIZACIÓN 2.0: UN LARGO TRECHO

From the mirror of water to globalization 2.0: a long stretch.

**Fernando Barbosa¹**

Universidad de los Andes

fernandobarbosa.reorient@gmail.com

Abstract

What is intended in this essay is nothing more than to reflect on China's past and present. More specifically, about what we know and what we are now being informed, linking the current developments, but also the image and thought as they have evolved through time. Moreover, this article aims to encourage self-criticism against studies and research carried out in our environment and that often times reflect a certain accommodation to theses and theories that are accepted with little resistance. If China constitutes a big challenge as far as its capacity to conform the world of tomorrow, the challenge that we have in order to adjust our analytical tools is even greater. Therefore, what is proposed is an invitation to calmly thinking based on the elements accumulated during several centuries that should help to understand some of the bias we use to decipher the Sinic.

Keywords

China, history, thought, interpretation, theories, bias, development, criticism.

Resumen

Lo que se pretende en este ensayo no es otra cosa que aproximar una reflexión sobre la China de ayer y hoy. Y, específicamente, sobre lo que sabemos y lo que se nos está informando ahora con tanto entusiasmo por todos los medios, entramando los desarrollos actuales, pero también de la imagen y del pensamiento tal como han ido evolucionando a través del tiempo. De otra parte, se busca incentivar la autocrítica frente a los estudios e investigaciones que se llevan a cabo en nuestro entorno y que con frecuencia reflejan un cierto acomodo a tesis y teorías que se aceptan con poca resistencia. Si China constituye un gran reto en términos de su capacidad para conformar el mundo del mañana, el reto que tenemos para ajustar nuestras herramientas analíticas parece ser aún mayor. De tal manera, lo que se quiere es invitar a una reflexión sosegada a partir de elementos que se han acumulado en varios siglos y que ayudan a explicar algunos de los sesgos con que tratamos de descifrar lo sínico.

Palabras Clave

China, historia, pensamiento, interpretación, teorías, sesgos, desarrollo, crítica.

¹ Fernando Barbosa, Politólogo de la Universidad de los Andes. Desde 1973 se ha dedicado a los temas de Asia y, particularmente, de Japón: en el sector privado y en el público, la diplomacia, la academia, el periodismo, la consultoría y la traducción.



De ayer a hoy

El origen del nombre de China (en castellano) es una incógnita. Los romanos la llamaron *Serica* y *Seres* a sus habitantes: era la marca de la seda que crearía el primer esbozo del remoto más allá. Pero en nuestro idioma el asunto es incierto. China es una piedra pequeña o un juego de niños. Es también la suerte, el dinero o la porcelana. *Catay*, como sería mencionada por Marco Polo o los catayenses, como fueron llamados sus habitantes por Juan de Plano Carpini, apenas resuenan en la memoria que evoca las versiones de los poetas chinos que hizo Guillermo Valencia sobre la traducción en prosa de Franz Toussaint. Todo, como se observa, vaguedades alrededor de las cuales hemos tejido nuestra imagen de China.

Que debe contrastarse con el entendimiento que podamos tener sobre su pensamiento. En este campo surgen, de igual manera, los malentendidos y las tergiversaciones. Baste con mencionar la posición de Hegel que no acepta como filosófico el pensamiento chino y que margina del marco religioso sus creencias.

Lo que se pretende en este ensayo no es otra cosa que aproximar una reflexión sobre la China de hoy. Y, específicamente, sobre lo que sabemos y lo que se nos está informando ahora con tanto entusiasmo, entramado alrededor de los temas de la imagen y del pensamiento.

Posiblemente el primer escritor de occidente en hablar de China *in extenso*, fue el greco-egipcio Teofilacto Simocatta a principios del siglo VII (Mackerras, 1989). Por supuesto le habían precedido en la mención Plinio el Viejo, Virgilio, Claudio y tantos otros. No obstante, su mérito fue, diríamos hoy, el de hablar con propiedad sobre el tema. Heredero de su tiempo cuando el cristianismo triunfaba en Bizancio, no extraña que defina a los chinos como un pueblo que practicaba la idolatría. Y esta impronta visible, que habría de repetirse en los *Viajes* de Marco Polo, se extendió hasta hace poco, como lo evidencia la imagen difundida por medio de la prédica católica y sus esfuerzos por enviar misioneros al rescate de los herejes de la China y de otras lejanas tierras.

La huella dejada por los Polo, padre e hijos, y por quienes los siguieron, fue la de una China esplendorosa. Pero la caída de la dinastía Yuan de los mongoles y la peste negra en Europa volvieron a aislarlos. Lo que sigue está ligado a la empresa del descubrimiento y a la llegada de los portugueses a China. Tal como sucede hoy, fue tan notable el reconocimiento de un país inmensamente rico y poblado, cuyos habitantes se caracterizaban por su afán al trabajo, en el que se despreciaba al ocioso y no se le ayudaba al pobre, que el Papa Gregorio XIII le encargó escribir una historia de China al padre Juan González de Mendoza. Obra que tuvo un éxito enorme: fue impresa 46 veces y traducida al español, al alemán, al holandés, al francés, al italiano, al inglés y al latín. Con las descripciones de su riqueza económica, industrial y cultural, el libro contribuyó a la popularidad de la China. Pero sus intenciones de fondo, como lo era la cristianización del país, le impusieron un sesgo enorme a sus registros que lo llevaron a hacer afirmaciones como la de que el confucianismo enseñaba la inmortalidad del alma. En este sentido, el libro es una buena muestra de mucho de lo que se escribiría bajo tal influencia en los siguientes años por los misioneros.

Du Halde, al igual que otros jesuitas, transmitió comprensiblemente la historia china y Voltaire, más tarde, haría el reconocimiento del Reino del Centro como el mayor imperio jamás conocido, cuyas dimensiones sobrepasan la cima del orgullo francés alimentado por las conquistas de Carlomagno. Eran los finales del siglo XVIII en el que la pasión por la *chinoiserie* estaba de moda e influía en las artes, las letras, la arquitectura. Políticos, teólogos y filósofos encontraban en China o bien el modelo o bien el soporte para la autocritica. Todos deslumbrados, fueron muy pocos los que hicieron señalamientos negativos. Como los hizo Montesquieu quien los llamó “los mayores charlatanes de la tierra.”

Los escritos que van de lo curioso a lo maravilloso, no se detienen en describir en su magnitud la fortaleza industrial y económica de China hasta 1800. Apenas ahora empezamos a percatarnos de su influencia y de sus realidades. Una historia eurocéntrica, sumada en el siglo XIX a los efectos que tuvo la supremacía política y económica a raíz de la revolución industrial y al auge del imperialismo, nos traería una imagen más moderada de China, más realista, pero también más crítica al medírsele por los cánones europeos en vigor. Avasallados y humillados por Europa y vencidos al final del novecientos por Japón, no parecen haberse consumido en la desesperación. A continuación se evidencian dos comentarios que no dejan de asombrar:

El chino soporta los más extremos climas —el ártico y el de Senegal— y todas las privaciones. Es como humana abeja que obedece ciegamente al gran mandamiento del trabajo. ... dentro de medio siglo China hará competencia a los pueblos más manufactureros del mundo.

Este anterior texto que apareció el 1º de febrero de 1891 en *El Porvenir* de Cartagena bajo la firma del señor Núñez, muestra el otro lado de la moneda que puede refrendarse con esta otra cita:

(...) Ved. Es más que Amberes, es más que Hamburgo, pues ninguna torre de municipio antiguo, ningún campanario gótico, ni la más pobre almena de castillo histórico, poetiza el paisaje. Es Nueva York, tal vez. En el puerto, ante los muelles de hierro, millares de barcos descargan y cargan en medio de un tumulto vertiginoso... Las guías nos dicen que este es el París del Extremo Oriente. Pero, en realidad, los dos nombres chocan. ¿París? No. Oriente tampoco. Es una gran metrópoli de trabajo que se describe mejor con cifras estadísticas que con frases (...)

Así era el Shanghai que nos legó el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, después de su visita a la ciudad, posiblemente en 1905, en un libro que con el prólogo de Rubén Darío nos lleva por Egipto, India, China y Japón (Gómez, 1907). Esta descripción y el comentario de Núñez parecen escritos de estos tiempos.

La memoria que sigue es más visual que literaria: la fotografía, el cine y ahora la televisión y la internet llenan esos espacios. Y se repiten las imágenes. El pasado glorioso de los guerreros terracota, la Gran Muralla, el Gran Canal, la poesía, la pintura, los paisajes, la revolución, Mao, las grandes urbes, la industrialización, la modernización y, de pronto, el nuevo despertar estruendoso vestido con el encantamiento de un futuro fantástico.

De repente nos vemos sorprendidos y la perplejidad es mayúscula: todos sabían que ahí estaba China. Pero nadie quiso verla y menos reconocerla. Y, en nuestro caso, pareceríamos seguir a la espera de que nos sacuda.

Sumado lo anterior, la realidad que presenciamos no debería extrañarnos. Pero no es así y apenas nos aproxima al problema de fondo: cómo leerla o, en otras palabras, cómo recogerla, cómo interpretarla, cómo adivinarla si desconocemos sus señales y sus códigos.

Si la vianda se hace dura y no penetra el cuchillo, posiblemente tendremos que cambiar de dieta o de utensilio. O acomodarnos al diente y a las tretas de la supervivencia. A dificultades de esta laya se enfrenta quien decide acercarse a la China. Súmesele, además, el desconocimiento del idioma, las traducciones deficientes y la falta de equivalencias conceptuales, para entender la desazón de muchos cuando inician la tarea. O la furia y el desespero de otros, como Thierry Marchaisse en sus diálogos con el sinólogo François Jullien (2005), situación que revela la indisposición del primero para aceptar el hecho de que es posible pensar de distinta manera.

Ahora bien, tales reacciones empiezan a ser previsibles en la medida en que se entienden los enormes desafíos que representa el buscarles sentido a afirmaciones como las siguientes, tomadas de *El libro del Tao* de Lao Zi (Lao Zi, 1983):

1. "El *dao* que puede expresarse con palabras, no es el *dao* permanente."
2. "Conocer es no conocer, he ahí la perfección. No conocer es conocer, he ahí el mal."
3. "El que sabe no habla. El que habla no sabe."

De tal manera, nos vemos abocados a un callejón sin salida: todo lo que quisiéramos o pudiéramos hacer para entender, para acercarnos, se nos niega de entrada. La posibilidad de entender es la misma imposibilidad de conocer. Y la perplejidad nos apabulla.

En el año 676, en el octavo día del primer mes del calendario chino, un monje budista de nombre Yinzhong disertaba sobre el sutra del Nirvana en el templo Faxing, en Guangzhou. De súbito, se levantó un ventarrón que sacudió la bandera. Un monje sugirió: "Es la agitación del viento". Otro señaló: "No, es la agitación de la bandera". Huineng, un monje de origen humilde quien más tarde adquiriría una notable prominencia en la tradición budista, intervino: "Lo que se agita no es ni el viento ni la bandera; es el corazón humano" (Cheng, 2008).

Esta cita que nos pone frente al asombro de lo comprensible y al desagrado por la oscuridad y la lejanía conceptual, con frecuencia nos hace sentir atrapados o desalentados. Pero existen alternativas para avanzar.

Los problemas que surgen de la lectura de textos como el anterior, tienen el mismo origen: mientras los chinos piensan en "chino", nosotros pensamos en "occidental".² Entre el uno y el otro se genera la compleji-

² Uso el término occidental por facilidad, a pesar de la crítica muy razonable y extendida de que es objeto.



dad del diálogo que se dificulta desde el propio inicio: en las definiciones — particularmente aquellas que provienen de la cultura—, las cuales, por su naturaleza no están sujetas al escrutinio de quien las vive. Dificultad que nace de la imposibilidad de identificar los fundamentos en que descansa nuestra formación no solo intelectual sino cultural. Por ejemplo, cuando hablamos de ley entre especialistas, es necesario preguntarse muchas cosas con anticipación si hemos de discernir el objeto de análisis. Pero no ocurre lo mismo si el tema se dilucida en medio de un escenario distinto, como el de la vida diaria o el de los medios. Aceptar ese hecho y reconocerlo es el primer paso para recorrer y disfrutar el camino interminable que nos ofrece el saber sínico.

Desde nuestra perspectiva, que podemos llamar occidental, un obstáculo adicional lo constituye otro sesgo cultural: aquel que nos remite automáticamente a los juicios como antesala a los vagos intentos de querer entender las posiciones ajenas o los comportamientos de los demás. Herencia del racionalismo y del liberalismo del siglo XVIII e impedimento para entender o para pretender hacerlo. Y las creencias allí ancladas, que suman conocimiento y dogma más emociones y sentimientos, resultan otra trampa terrible especialmente cuando pretendemos la universalidad de nuestros predicamentos.

Confucio afirmaba: “No he creado nada; lo único que he hecho es transmitir.” Por eso China nos molesta: porque sentimos que se burla de nosotros. Por eso China produce desasosiego al que no está dispuesto a reconocer sus propios prejuicios y a despojarse de sus vestimentas intelectuales para acercarse *naturalmente* a una forma diferente de pensar, de vivir, de sentir, de entender, de juzgar. Es, en resumen, la dificultad para conocer a la China o a cualquiera otra cultura que se escape al círculo de nuestras definiciones.

En el chino clásico no existía el “ser” y lo más próximo era “hay”. ¿Cómo dialogar en términos tan desiguales y tan imposibles para nuestras estructuras intelectuales? ¿Cómo rendirnos y abandonar este cimiento fundamental de nuestra construcción cultural y filosófica? Porque, evidentemente, esto nos conduce a que lo real no es lo que entendemos sino una simple potencialidad de haber: ¡puede haber!

Siguiendo la misma tónica, el problema de la libertad tampoco ha sido algo que haya inquietado a los chinos. Desde Confucio se reconoce que el hombre solamente es libre para elegir el bien. Si elige el mal es debido a la incapacidad de su padre, de su jefe, de su gobernante que no tomó las medidas apropiadas para evitarlo.

Tampoco ha estado dentro de sus preocupaciones el tema de dios y por lo mismo el del origen y el del fin de finales. Por lo mismo la palabra dios no existe en chino: tuvieron que inventarla los jesuitas de la misma manera como los chinos habían vertido los textos sánscritos a su lengua: forzando las interpretaciones. E igual razón, al reverso, de cómo *tien* (cielo) fue transcrita por los mismos misioneros como dios a nuestras lenguas.

Basten estos tres ejemplos para insinuar las dificultades. ¿En qué términos podemos hablar de ley cuando el deber ser —ideado por ermitaño perfecto retirado del mundo e impuesto a sus congéneres— se diluye en el puede haber? ¿Cómo digerir los derechos y deberes cuando no son ni lo uno ni lo otro, cuando la libertad no es referente de nada, cuando el más allá no legitima ni orienta?

Pero hay algo más que como gran reflexión suscita el pensamiento chino. Es su abandono a la pretensión de universalidad de sus enunciados. Enfrentada nuestra mentalidad a tal postura —cuando argüimos lo nuestro como la única escala y el único juicio válidos—, no puede uno dejar de calificarse como pretencioso o, simple y llanamente, soberbio. Así las cosas, podríamos aventurar la tesis de que todo lo tremendo que nos pasa surge de la falta de modestia y humildad que serían lo adecuado, vistas nuestras imperfecciones. Y que frente a lo que enseñan los chinos, cualquier humanismo desarrollado en occidente tendrá que inclinarse respetuoso a la consideración humana que prevalece en la China.

Tal vez resulte exagerado. Pero vale la pena la indagación: es posible que hoy nos encontremos frente a un fenómeno cuyas consecuencias puedan estar cerca de las que se vivieron con el descubrimiento de América: a pesar de su visibilidad —China está ahí— nos resistimos a entender qué hay detrás. Y el hallazgo nos va a deslumbrar si nos arriesgamos a conocerla y a entenderla. Estamos próximos a descubrir que todavía hay otra forma de pensar, de sentir, de ver el mundo. Nada distinto al choque que generó en Europa la aparición del otro, el americano.

Las circunstancias nos han puesto frente a un espejo de agua: la imagen que vemos está al revés, tiembla y se desdibuja al soplo de los vientos y nos deslumbra cuando nos refleja el sol. El fondo se nos esconde enigmático y paradójicamente se nos escapan las orillas. Y una idea inexplicable nos empuja hacia un nuevo sentido común: frente al dilema cartesiano que nos conmina a escoger entre A y B, hemos de inclinarnos por C.

Para concluir, es importante recalcar que este ensayo no pretende sobrepasar ni escapar a los sesgos del autor ni a los de su momento. Sólo aspira a compartir una experiencia en la búsqueda —sin duda fallida— de conocer, e incitar a otros a seguir el paso.

Con esta salvedad y sobre el escenario del texto, no extraña la manera como el Primer Ministro de China definía en 1985, lo que entendía por una “Economía socialista de mercado”. La respuesta no podía ser más consecuente: *“Hacia allá nos dirigimos ... pero no sabemos qué es.”* Afirmación no muy lejana a nuestras raíces tan bien expresadas en el cabalgar de Don Quijote o en el camino que al andar se hace de Don Antonio Machado.

Hoy y mañana

Hoy debemos reconocer tres esquemas que están guiando el desarrollo chino y que serán determinantes en el rumbo que tome el mundo entero. De una parte, se destaca el fundamento sobre el que se quiere construir el

futuro: la armonía. En segundo término, el eje que inspira la ejecución de los planes propuestos: el “sueño chino”. Y tercero, el marco en el que se quiere hacer rodar este nuevo aliento de construcción de futuro anclado en uno de los proyectos más ambicioso de que se tenga noticia: el OBOR, es decir la nueva ruta de la seda.

El presidente Hu Jintao, en su discurso ante la Asamblea General de las Naciones Unidas en 2005, hizo la siguiente propuesta:

(...) construir un mundo armonioso con el apego al espíritu ecuménico. La diversidad de civilizaciones constituye una característica básica de la sociedad humana, y es también una importante fuerza motriz que promueve el progreso de las civilizaciones (...). Las civilizaciones del mundo pueden diferir en cuanto a la antigüedad, pero ninguna es mejor que las demás o superior a las otras. Las diferencias en la historia y la cultura, en los sistemas sociales y en las modalidades de desarrollo no deben ser obstáculos para el intercambio entre las naciones ni mucho menos razones por las cuales se confronten una con otra (Hu, 2005).

Y más recientemente, el 27 de marzo de 2014, en un discurso en la UNESCO, el Presidente Xi Jinping señaló lo siguiente:

Las civilizaciones se han vuelto más ricas y más coloridas mediante el intercambio y el conocimiento mutuo. Tales intercambios y el mutuo conocimiento forman una importante vía para el progreso humano y la paz global y del desarrollo. Con el fin de promover los intercambios y el mutuo conocimiento entre las civilizaciones, debemos adoptar una correcta aproximación basada en unos principios importantes. Estos, en mi sentir, deben contener los siguientes:

Primero, las civilizaciones vienen en diferentes colores y tal diversidad ha hecho que los intercambios y el mutuo conocimiento entre las civilizaciones sean relevantes y valiosos. Al igual que la luz solar tiene siete colores, nuestro mundo es un lugar de colores deslumbrantes. Una civilización es la memoria colectiva de un país o una nación. A través de la historia, el hombre ha creado y desarrollado muchas civilizaciones coloridas (...). Juntas presentan un magnífico mapa genético de la excitante marcha de las civilizaciones humanas (...)

Segundo, las civilizaciones son iguales y tal igualdad es la que ha hecho posible los intercambios y el mutuo conocimiento entre las civilizaciones (...). Todas tienen sus respectivas fortalezas y defectos. En el mundo no existe una civilización perfecta (...). Ninguna civilización puede ser juzgada como superior a otra (...)

Tercero, las civilizaciones son inclusivas y esta inclusión ha hecho que se necesiten los intercambios y el mutuo conocimiento para moverse hacia delante. (...) Cada civilización es única (:::). Si todas las civilizaciones logran mantener la inclusión, el llamado “choque de civilizaciones” quedará por fuera de toda consideración y la armonía de las civilizaciones se convertirá en realidad... (Xi, 2014)

De las dos citas precedentes, dos temas centrales llaman la atención: el espíritu ecuménico y el mundo en armonía. Sobre el primero, quisiera copiar lo que podría concretarse en la práctica según el repetido llamado del controvertido teólogo Hans Küng, quien, en una respuesta a Huntington plantea: “no habrá paz en las naciones sin paz entre las religiones. No habrá paz entre las religiones sin diálogo entre las religiones. No habrá diálogo entre las religiones sin la investigación de los fundamentos de las religiones” (Küng, 2007:xxiii).

Cuando se buscan los fundamentos a que se refiere Küng, se hace indispensable volver los ojos al confucianismo. La característica de los sonidos como de los ingredientes de la sopa es su diversidad. El unísono no puede producir o no requiere armonía de la misma manera que una sopa de un

solo ingrediente tampoco la hace. En las Analectas 13.23 leemos: *Confucio dijo: “El hombre superior está en armonía con los demás, pero no siempre de acuerdo con ellos. El hombre vulgar se pone de acuerdo con los demás, pero no está en armonía con ellos”* (Confucio-Mencio, 1981:93).

Esta cita hace más inteligibles los discursos de Hu y Xi. No se trata de alcanzar la unanimidad o el simple consenso. En palabras llanas, estaríamos más cerca del ideal que se envuelve en el “desarme de los espíritus” y que no es otro que el respeto por las opiniones encontradas, por las diferencias y las divergencias.

Occidente es proclive a la concepción de verdades absolutas y de valores supremos que conducen a la inflexibilidad y a la teoría. Contrario a lo que sucede en China en donde la tozudez de la realidad conduce a posturas más flexibles y pragmáticas. Así no extraña que nuestro lado se incline más hacia el conflicto y la conquista mientras allá se encaminen más hacia la armonía. Por eso resulta muy válida la advertencia con que Xi cerró el discurso en la UNESCO, tal vez inspirado en Jane Austen: “Tanto la historia como la realidad muestran que el orgullo y el prejuicio son los dos mayores obstáculos para los intercambios y el mutuo conocimiento entre las civilizaciones”.

La globalización neoliberal que se consolidó bajo la égida del Consenso de Washington, está en crisis. Las cuatro metas que planteó —libre comercio, libre flujo de capitales, libre inmigración y disminución del tamaño del estado—, no han alcanzado los resultados que se pretendían, es decir, un mundo mejor para todos. Si bien los datos demuestran que ha habido avances importantes en el aumento de la riqueza mundial, hoy las brechas sociales que se han profundizado parecen pesar más y la población perjudicada empieza a cobrarle en la arena política. Las dos grandes crisis, la asiática de 1997 —que no ha sido suficientemente explicada—, más la del 2008, han socavado sus cimientos. Y los hechos que han sobrevenido a raíz de tales causas como el BREXIT y el resurgimiento del discurso proteccionista, empiezan a mostrar el desgaste del modelo.



Ha surgido reacciones importantes como los más recientes movimientos sociales anti-globalización representados en casos como los Indignados de la Puerta del Sol en Madrid, o el Occupy Wall Street, que surgieron en 2011, para nombrar solo dos. Al igual que otros que denuncian los problemas económicos, sociales y políticos del mundo contemporáneo, todos coinciden en señalar como crítica la desigualdad de los ingresos que se concreta en la simbólica cifra del "1%". Es decir, el 99% de la población trabajando para enriquecer al 1%.

Si bien es cierto que la economía mundial creció de manera visible, también es cierto que ni todos los países se beneficiaron de igual forma ni todas las poblaciones en cada nación lograron mejorar sus niveles de vida. Baste este ejemplo: entre las 25 economías más avanzadas, los ingresos del 65-70% de los hogares no aumentaron o disminuyeron en el período 2005-2014 (Woetzel, J. et al, 2017). Por eso no es extraño que, desde 1994 se venga hablando en los círculos del Foro de Davos sobre el final del ciclo globalizador, por lo menos tal como está. Sin embargo, ni los que apoyan el modelo ni los que se le oponen han logrado articular soluciones. Es por ello que, frente a estos escenarios, resulte tan relevante la novedosa propuesta de China para liderar una nueva globalización.

El 17 de enero de 2017, en el mencionado Foro de Davos, el presidente Xi Jinping pronunció un importante discurso que tituló *Asumamos conjuntamente nuestra responsabilidad y promovamos el crecimiento global*. Lo comenzó citando las palabras iniciales de la *Historia de dos ciudades* de Charles Dickens: "*Era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos*". No incluyó todo el primer párrafo de la obra del inglés, que resulta de patética coincidencia con lo que sucede hoy en el mundo. Pero la referencia fue suficiente para enmarcar su mensaje en las contradicciones y dilemas que desafían nuestra actualidad.

No es marginal el haber escogido esta obra que sitúa la acción en 1775, en la antesala de la Revolución francesa y en el inicio de la revolución industrial. Una y otra traerían cambios profundos en lo político y en los modelos de desarrollo social y económico.

Dickens le atribuye a los abusos de la aristocracia francesa los excesos que sobrevendrían con la revolución. Advertencia nada despreciable frente al actual modelo de desarrollo que se ha definido como la matriz para enriquecer sólo a una estrecha minoría de la población.

La mención de Dickens resulta inquietante. Debe recordarse que el inglés tuvo una reconocida importancia en los años posteriores a la Revolución Cultural cuando se publicaron sus Obras Completas en chino. Y que al lado de su silencio sobre las guerras del opio también nos depara sorpresas como el episodio en el capítulo 51 de Pickerton en el que se pregunta socarronamente sobre la metafísica en China.

El discurso debe ser leído con cuidado pues no se trata de una propuesta de coyuntura. Sin duda alguna, corresponde a una estrategia de desarrollo económico, político y social de largo plazo y de gran impacto. De igual manera no debe perderse de vista que, aunque ya está en movimiento, no debe entenderse como definitiva. Recordemos, entonces, que una característica del pensamiento chino es la de comprender la realidad como el cambio permanente. Lo cual constituye una enorme fortaleza en este mundo sometido a grandes cambios que se dan a una velocidad inusitada. En contraposición, de nuestro lado, el presente que vivimos poco tiene que ver con el pasado. Pero éste nos mantiene atrapados y nos llena de temores frente a las transformaciones que se hacen inevitables, lo cual también compromete nuestro futuro.

Isaiah Berlin propone una división de los escritores y pensadores, que bien puede aplicarse a los políticos, según la cual unos representan a los zorros y otros a los erizos (Berlin, 1993). Estos tienen una visión central, siste-

mática y coherente. Aquellos actúan con gran flexibilidad adaptándose a todo lo que sucede. Lo que se observa en el mundo de hoy es que prevalecen los primeros y no abundan los segundos, que son los capaces de integrar las grandes propuestas. Pero pareciera que, con lo que está sucediendo, podríamos estar frente a un nuevo actor tipo erizo: China. En efecto, se observa que de manera sistemática está avanzando hacia lo que probablemente puede convertirse en una Globalización 2.0. Primero ha propuesto una gran aspiración: el Sueño Chino, que no es otra cosa que la reconstrucción de la grandeza del pasado. Segundo, ha creado una entidad financiera, el Banco Asiático de Inversión en Infraestructura —BAII—, para propiciar y facilitar la construcción de obras regionales que cimienten el desarrollo económico. Y tercero, ha puesto en funcionamiento el proyecto de mayor relevancia en el mundo de hoy enmarcado en lo que se conoce como las Nuevas Rutas de la Seda (OBOR - One Belt, One Road, en inglés).

El BAII creado en 2016, ya cuenta (a 13 de mayo de 2017) con 77 miembros, regionales y no regionales, incluidos dos latinoamericanos: Bolivia y Chile. Y la iniciativa OBOR lanzada en 2013 con el propósito de conectar Asia, Asia Central, Medio Oriente, África, Rusia y Europa, y a la cual se han vinculado cerca de 70 países, también cuenta con ejecutorias de progreso como han sido las conexiones férreas entre China y España e Inglaterra. Y si se quisiera medir el compromiso con este programa, bastaría con decir que, hasta la fecha, las Empresas Estatales chinas han invertido o participado en más de 1700 proyectos en los países de la Ruta, que incluyen la construcción de autopistas, vías férreas y puertos.

Sin embargo, más allá de estas dos iniciativas, lo más relevante es el marco que podría establecerse para promover un nuevo modelo de desarrollo económico, social y político que pueda reencaminar la globalización. Y que resulta de particular importancia después de la llegada de Trump a la presidencia de los Estados Unidos, con su política proteccionista, y de la salida del Reino Unido de la Unión Europea, eventos que han provocado un sacudón en el actual modelo. Con Washington y Londres, cada uno por su lado, será inevitable el reacomodo de los patrones de esa globalización que conducirá a reformar la presente. Y es en este punto en donde la propuesta de China ha quedado sobre la mesa.

China parece estar en sintonía con las voces de los Indignados, de Occupy Wall Street, de los anti-globalización. Pero con una propuesta mediadora que pudiera quizás denominarse capitalismo o socialismo (no importa el ismo) humano. Tres dimensiones enmarcan la propuesta: la cognitiva, la moral y la estética. En otras palabras, se parte de la necesidad de conocer y reconocer el fondo de los problemas para luego construir y adherir a un camino que favorezca a todos bajo la guía de la armonía.

El discurso de Davos a que nos hemos referido, parte del reconocimiento de la necesidad de mantener lo positivo de la globalización, y al mismo tiempo da luces importantes sobre las directrices que puedan guiar estos nuevos desarrollos. El siguiente es un resumen de los principales puntos:

- En sentido filosófico, nada es perfecto en el mundo... Debemos adaptar y guiar la globalización económica que es un producto natural del progreso científico y tecnológico, y no algo creado por algunos individuos o países.
- Debe procurarse un balance entre la eficiencia y la equidad de tal forma que los diferentes estados, estratos sociales y comunidades se beneficien de la globalización económica.
- Se reconocen como problemas del actual sistema la falta de una fuerza robusta que guíe el crecimiento global, la inadecuada gobernanza económica global que requiere una reformulación de las instituciones globales, y el desbalanceado desarrollo económico que genera inequidad.



Bajo el entendido de que el desarrollo es de la gente, por la gente y para la gente, y de que ningún país puede abrogarse el suyo como el único viable e imponerlo a los demás, se proponen varios objetivos:

- Desarrollar un modelo de crecimiento liderado por la innovación.
- Buscar una aproximación bien coordinada e interconectada para desarrollar una cooperación gana-gana y abierta.
- Desarrollar un modelo de gobernanza justa y equitativa.
- Desarrollar un modelo de desarrollo balanceado, equitativo e inclusivo.
- Promover una cultura que valore la diligencia, la frugalidad y el emprendimiento.
- Establecer como metas prioritarias la disminución de la pobreza, del desempleo, del crecimiento de la brecha en los ingresos, la equidad social y la justicia.
- Alcanzar la armonía entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y la sociedad.

Detrás de este entramado, hay dos aspectos que vale la pena resaltar. El primero es el reconocimiento de la soberanía de cada país. Y en esto hay una marcada diferencia con el modelo que ha avanzado en la Unión Europea, que tuvo comienzo con la creación del euro, y que ha disminuido la acción del estado en temas monetarios y de otra índole. Sería ingenuo no reconocer las vulnerabilidades del modelo que han quedado a la vista en los últimos años. Ahora, por el otro lado, parece claro que la forma de implementar estas propuestas, también se aleja de los patrones occidentales. Mientras que de este lado propendemos a blindar legalmente los desarrollos, China, y en general Asia, se inclinan hacia lo que puede denominarse un pragmatismo en el cual las decisiones dependen más de las oportunidades, de la factibilidad de los proyectos y de la determinación política de gobiernos y empresarios.

Ahora, desde el punto de vista de un observador situado en Latinoamérica, resulta evidente que el OBOR tiene como destino convertirse en el más desafiante proyecto de desarrollo que transformará el mundo en que vivimos. Sin embargo, también es innegable que se trata de una iniciativa que parte del milenario esquema de la Ruta de la Seda que tanto aportó al desarrollo económico, cultural, político y social de su entorno, y que, partiendo de China pasa por el resto de Asia, por África y Europa, para concluir en las costas del Océano Atlántico. Lo que se quiere señalar con esto, es que el intento le da la espalda al Pacífico y deja a América por fuera de sus prioridades. Por supuesto, esto no significa que China abandone sus intereses en toda nuestra región, en la que encontrarán mercados para sus productos, espacio para sus inversiones y fuentes de suministro de materias primas. Pero debemos estar atentos sobre las realidades que por el momento nos dejan al margen.

El señalamiento anterior pretende llamar la atención sobre algo que el presidente Xi también advirtió con claridad en Davos:

Los chinos sabemos muy bien que en el mundo no existen cosas como los almuerzos gratis. Para un país inmenso con una población de 1.300 millones, el desarrollo solo se ha logrado por la dedicación y el esfuerzo infatigable de su gente. No podemos esperar a que otros traigan el desarrollo a China y nadie está en posición de hacerlo.

Doble lección y oportuna reflexión para Latinoamérica: nadie va a hacer el trabajo que nos corresponde y no podemos eludir la responsabilidad de participar activamente en estos procesos.

Y de la misma manera, la academia no puede seguir en las penumbras y en la retórica. La realidad ha excedido los marcos teóricos con que nos movemos todavía y no involucramos los cambios estructurales que se están viviendo. Un reciente informe del McKinsey Global Institute (2017), revela que en 2016 la participación de las mercancías en el PIB mundial fue sobrepasada por la de los flujos de datos. Y esto significa que hay un nuevo actor al frente de la economía mundial: las plataformas de Internet de gran escala como Google, Apple, Facebook, Amazon en Estados Unidos, o SAP en Europa, o Alibaba y Tencent en China que son las que mueven los flujos digitales en comercio, información, búsquedas, videos, comunicaciones y en los tráficos intra-firma.

Solo para repensar un tema, mientras los análisis académicos de los mercados internacionales sigan dependiendo de la abstracción estadística —que tiene tanto ventajas como limitaciones—, será muy difícil acertar en la formulación de políticas públicas o privadas. Un ejemplo simple: la posición arancelaria para pescados congelados no distingue entre un lenguado y una lisa de nuestro Pacífico. Tampoco distingue entre las aguas tibias del Caribe y las heladas del Pacífico. Pero el paladar del consumidor, no es ajeno a las diferencias que son las que lo inclinan a comprar una u otra calidad.

Los retos, que son inmensos, deberían generar innumerables reflexiones a toda la academia y, por supuesto, a todos los que toman decisiones en el país. La siguiente advertencia de Paul Schafer (2005) publicada en *World Futures*, (61: 481–510), podría servir de excusa para promover un ejercicio que nos incentivara la imaginación creadora que requeriremos para sobrevivir con éxito en el mañana:

El actual modelo político está basado en la centralidad de la economía. Este sistema no es capaz de resolver los problemas que afectan la humanidad. Se requiere un sistema político basado en la cultura que lo haga posible y que prevenga un desastre ecológico. Un sistema así haría posible reducir las demandas que los seres humanos le hacen a la naturaleza y colocaría en el centro de los procesos políticos el bienestar de las personas, la seguridad medioambiental y el interés general.

Las oportunidades están a la vista y, como lo decía Joseph Brodsky en el The New York Review of Books del 10 de noviembre de 1983: “Contrario a la creencia popular, las afueras no son los lugares donde el mundo termina: son precisamente donde empieza a extenderse.” Si no reaccionamos podremos convertirnos en el Lejano Oriente de China o podremos convertirlos a ellos en nuestro Lejano Occidente. Y en ambos casos el futuro no será tan luminoso.

>>>

Referencias

- Berlin, I. (1993). *The Hedgehog and the Fox*. Chicago: Ivan R. Dee, Inc.
- Brodsky, J. (1983). “On Derek Walcott”. En: The New York Review of Books.
- Cheng, S. (2008) “Comparative Philosophies of Tragedy: Buddhism, Lacan, and Ashes of Time”. En: MLN, 123: 5, Comparative Literature, 1163-1187.
- Confucio-Mencio (1981). Los cuatro libros. Madrid: Ediciones Alfaguara.
- Gómez Carrillo, E. (ca. 1907). *De Marsella a Tokio*, Garnier Hermanos, Libreros-Editores, Paris, s.f.
- Hu, J. (2005). Recuperado de <http://www.mfa.gov.cn/esp/wjdt/zyjh/t1212582.htm>.
- Jullien, F. (2005). *La China da que pensar*, Anthropos, Barcelona.
- Küng, H. (2007). *Islam; Past, Present, and Future*. Oxford: Oneworld.
- Lao Zi. (1983). *El libro del Tao*. Trad. Juan Ignacio Preciado, Alfaguara: Barcelona.
- Mackerras, C. (1989). *Western Images of China*, Oxford University Press: Oxford.
- Schafer, P. (2005). “A New System Of Politics: Government, Governance, And Political Decision Making In The Twenty-First Century”. En: World Futures, 61: 481–510.
- Woetzel, J. et al. (2017). *China's Role in the Next Phase of Globalization*, MGI. Recuperado de <http://www.mckinsey.com/global-themes/china/chinas-role-in-the-next-phase-of-globalization>
- Xi, J. (2014) Recuperado de http://www.fmprc.gov.cn/mfa_eng/wjdt_665385/zyjh_665391/t1142560.shtml.